

Place des Vosges, antigua plaza real

SIEMPRE ME AGRADÓ pasear bajo las arcadas de la plaza, pasear lentamente y mirar, desde los vértices ensombrecidos, las fachadas rosas y los techos azules iluminados por el sol del verano. Al principio la circundaba con cautela. Me acercaba a ella por las calles angostas del barrio. Era como si dibujara con mis pasos una espiral informe cuyo centro estaba señalado por las cuatro fuentes que adornan sus ángulos. Me acercaba como a escondidas, con la idea de sorprenderla en su intimidad antigua y simétrica, para luego sorprenderme yo mismo en un rincón de su propia personalidad.

Había días en que iba muy solo, como alguien que tiene las manos en los bolsillos y nada más. Sin embargo, solía sacar a las ilusiones de mi cuarto para que no se ahogaran entre las paredes ni se quejasen a mi regreso, una vez llegada la noche. Las llevaba conmigo con el deseo de compartir en un banco el color de las fachadas y las formas de los altillos. Y hasta ocurría a veces que buscábamos ansiosos algún mensaje o el indicio que nos permitiera ser cómplices de sus matices.

Muchas de esas ilusiones se me escapaban por los patios o se ocultaban en las esquinas al igual que sombras asustadas ; otras permanecían fieles a mi lado, de modo que tenía siempre la impresión de no estar hablando solo bajo las galerías ni hacer gestos absurdos entre las flores y los árboles.

También solía inventar quimeras, quimeras semejantes a la amistad de Bouvard y Pecuchet. Las vislumbraba como espejismos, a lo lejos o detrás de los árboles. Entonces las perseguía haciendo zig zags impacientes e infructuosos dentro de aquellas líneas exactas. Las perseguía hasta el momento en que, cansado de tanto dar vueltas por la fina geometría de la plaza, me sentaba exhausto en un banco para escuchar el susurro del agua en las fuentes.

Las perseguí en las tardes otoñales, bajo lloviznas incesantes y recovas húmedas. Recuerdo que iba pisando las hojas desparramadas por el viento. Recuerdo que esas hojas rojas y herrumbradas eran los únicos y frágiles mensajes que recibía del mundo.

Las fachadas se volvieron purpúreas, y los techos, bajo el imperio del agua, resaltaban como enormes trozos de carbón. En aquella época yo no tenía paraguas. Dejaba entonces las ilusiones en mi cuarto, entre libros, o sobre la mesa, para que pudieran apreciar a través de la ventana el vuelo de las nubes. Y otra vez, con las manos en los bolsillos y nada más, me iba en busca de las ilusiones que me habían abandonado en los patios y en las esquinas. Aunque ahora suponía que estaban observándome como a un extraño ; observándome desde algún ventanal con altos y frondosos gómeros, con cortinas espesas y luces tenues. Bouvard y Pecuchet continuaban apareciendo y desvaneciéndose bajo las hojas acumuladas en los rincones o al pie de las fuentes, como si ambos fuesen símbolos de una ausente y añorada amistad imposible de alcanzar.

Durante el invierno visité el museo Victor Hugo. Aquella vez pude admirar la plaza desde una perspectiva diferente. Era como estar en el alma de su arquitectura y en el alma del poeta. Comencé a ir casi todas las tardes. Ahora podía entrar con las ilusiones, podía sacarlas del cuarto donde estaban pudriéndose de frío y de silencio. Sin embargo, la presencia del guardián en la sala de dibujos nos hacía sentir, a mí y a las ilusiones, como vagabundos abrigándose en casa ajena. Cierta día hasta le sonreí, pero el guardián hizo como que contemplaba, él también, los dibujos del poeta. Nos quedamos todos en medio de un mutismo implacable...

Ayer nevó, y la plaza blanca afirma aún más que es perfecta, « Real » como su primer nombre, sitio de duelos y cortesanas muertas. Yo continúo acercándome a ella con admiración, dibujando espirales por las calles estrechas ; pero quizás no piense más en sorprenderla (su belleza parece imperturbable), ni que ella me sorprenda con sus formas. Quizás no crea más en las fuentes como centro fundamental. Mi soledad vasta e imprecisa es todavía una extranjera torpe en la perfección de sus vértices.

Ahora, con las manos en los bolsillos y nada más, la imagino a mi modo : sin rejas, abierta y generosa bajo la límpida luz de la primavera ; la imagino surcada de misteriosos e incontables senderos que me llevarán, tal vez, hacia la maravillosa realidad de un encuentro.

Ricardo ROMERA ROZAS